

LLAMADAS A ILUMINAR PROFÉTICAMENTE EL MUNDO DE LAS TINIEBLAS

Hna. Liliane Sweko, SNDdeN

INTRODUCCIÓN

Africana y religiosa, habiendo trabajado durante largo tiempo en África antes de ser elegida miembro del Equipo general de mi congregación, sólo puedo abordar nuestro tema partiendo de experiencias particulares a través de las cuales la vida religiosa se construye y se arraiga en el suelo africano. Conocido por su pobreza, su subdesarrollo, sus enfermedades endémicas, sus guerras y su sida, el continente africano ¿no está en vías de inscribir sus cartas de nobleza en la digna tradición cristiana del profetismo y de la mística? En efecto, desde hace unos cincuenta años, numerosas religiosas africanas han sido asesinadas (235 en 2003), al lado de sus hermanos y hermanas, religiosos, sacerdotes, laicos y laicas. A fines del año pasado, el número de religiosas asesinadas aumentó mucho. Con gran dolor y muchas lágrimas recordamos a la Hna. Denise Kahambu Muhayirwa, trapense del Monasterio de Nuestra Señora de la Clarté-Dieu de MURHESA. La Hna. Denise Kahambu se preparaba para celebrar sus 45 años de edad el sábado de la semana en que fue asesinada. Las imágenes insoportables de su cuerpo destrozado, abandonado en un mar de sangre, circularon por todo el mundo. En su folleto *Ils nous ont guettées*, (Ellos nos acecharon), publicado en el 2003, el Padre Neno Contran, comboniano, hace una antología de la vida de todas estas religiosas asesinadas por su fe cristiana y por su presencia y testimonio religioso. En el prefacio del folleto, la Hna. Pétronille Kayiba, OP, escribe :

“Si examinamos las circunstancias en las cuales estas personas consagradas han perdido la vida, se descubre que no estaban comprometidas en actividades particularmente conflictivas; su tiempo y sus energías estaban consagradas a la enseñanza, a la asistencia sanitaria, al desarrollo, a la evangelización. Eran personas sin armas, no constituían un peligro para nadie, pero eran capaces de manifestar un valor extraordinario; sólo se distinguían de los demás por su gratuidad y su amor, signos de la solidaridad de Dios en medio de los pueblos. Su historia muestra que los riesgos forman parte – quizás más que nunca- de la vida consagrada, y que surgen de manera imprevisible. Las guerras, las dictaduras, la explotación, las divisiones étnicas pueden transformar en hito los grandes valores y a las personas que lo representan. Los conventos atacados, las huidas hacia el bosque o a un lugar más seguro para escapar a la violación, al saqueo, parecen ser casos banales como los sufrimientos anónimos de las poblaciones civiles” (Hna. Pétronille Kayiba, OP, Prefacio, p. 5).

Una descripción así de la situación de la vida religiosa en África pone en evidencia lo que es un rasgo constante de la vida consagrada: cualquiera que sean las situaciones particulares de tal o cual continente, de tal o cual cultura, los riesgos forman parte de la vida religiosa, y es por esto justamente que debemos ser testigos de lo que el mundo, en el sentido joánico, no puede comprender. La reflexión sobre nuestro tema se articulará en torno a cuatro puntos: sombras y luces, místicos y profetas de nuestro tiempo; ustedes son la luz y la sal de la tierra; acciones para que la luz resplandezca en las tinieblas.

1. SOMBRAS Y LUCES

Nuestro mundo es, según las palabras de Isaías (Is 9, 1-3), el lugar en donde el pueblo camina en las tinieblas, el lugar en donde los hombres y las mujeres habitan en la sombra; basta estar atentas a las realidades cotidianas de numerosos países y pueblos para convencerse de ello. Pero nuestra fe en Aquél que murió y resucitó ¿no debería transformar nuestra mirada para revelar la luz que se mantiene a pesar de todos los vientos del mundo, incluso si es débil?

La descripción de la situación del continente negro se ha vuelto clásica; sin embargo sus sombras no deben hacer olvidar sus luces que preparan la aurora de un sol más radiante y fuerte. En estos términos los *lineamenta* para la Segunda Asamblea especial para el Sínodo de los Obispos de África (27 de junio de 2006) describen las sombras de este continente:

“El deterioro generalizado de la calidad de vida, la insuficiencia de medios para la educación de los jóvenes, la carencia de servicios sanitarios y sociales elementales, conllevan la persistencia de enfermedades endémicas, la epidemia terrible del sida, la carga pesada y a veces insoportable de la deuda, el horror de las guerras fratricidas alimentadas por un tráfico de armas sin escrúpulos, el espectáculo vergonzoso y lamentable de los refugiados y de personas desplazadas”. “Es un hecho que la mortandad infantil no cesa de aumentar. Desde hace más de diez años, en los países más pobres de África, continúa la degradación constante de los ingresos. Para muchos, el acceso al agua potable continúa siendo muy difícil. Globalmente, la gran mayoría de la población africana vive en un estado de carencia de bienes y de servicios de primera necesidad. La situación de África, hoy más que nunca, continúa dependiente de los países ricos; es más vulnerable que en cualquier otro continente, a las maniobras que tienen como fin dar con una mano y retomar el doble con la otra, que quieren mantener una mano fuerte sobre el desarrollo de la vida política, económica, social, incluso cultural de los países africanos. África es conscientemente olvidada en este mundo que se construye” (Lineamenta, capítulo 1, 8-9).

Los autores de estos Lineamenta reconocen, sin embargo, algunas rayos de esperanza, chispas de vida que pueden transformar las tinieblas del continente africano en un bello día soleado.

“Para muchos países de África, la Iglesia permanece la única realidad que funciona todavía y que permite a las poblaciones continuar viviendo y esperando futuros mejores. No solamente ofrece la asistencia necesaria, garantiza la coexistencia pacífica y contribuye a encontrar los caminos y los medios para la reconstrucción del Estado, sino que también es el lugar privilegiado a partir del cual se comienza de nuevo a hablar de reconciliación y de perdón (...) Así mismo, desde el punto de vista social podemos notar algunos nuevos progresos: el advenimiento de la paz en algunos países africanos, el deseo ardiente de paz ampliamente extendido en el continente, particularmente en la región de los Grandes Lagos, la oposición creciente a la corrupción, la fuerte toma de conciencia de la necesidad de la promoción de la mujer africana y de la dignidad de toda persona humana, el compromiso de los laicos en las “sociedades civiles” para la promoción y la defensa de los “Derechos humanos”; el número creciente de hombres políticos africanos conscientes y determinados a encontrar soluciones africanas a los problemas africanos” (Lineamenta, cap. 1,1).

Nuestro mundo está todavía marcado por la violencia, el terrorismo de todo tipo, las guerras y las luchas atizadas, con frecuencia, por las potencias y las multinacionales que quieren sacar provecho de estas situaciones para explotar algunas riquezas de los países pobres, mantener a los pueblos bajo la dominación y la opresión; sin embargo, nuestra fe cristiana nos indica que este mundo está todavía habitado por Dios. Nos maravilla ver el impulso de solidaridad y de fraternidad, casi mundial, cuando suceden catástrofes, desastres naturales, e incluso también después de guerras y conflictos armados. La movilización mundial a favor de las víctimas del Tsunami o del terremoto en Haití permanece, para mí, la causa de su gran visibilidad, que es muy ejemplar. Por eso, aun cuando la violencia alcance proporciones inhumanas, que todo lleve a pensar que Dios ha abandonado nuestras vidas, que declaremos la muerte de Dios o que lloremos su ausencia, y como Elí, nuestros ojos empiecen a debilitarse y ya no podamos ver las maravillas de Dios (I Samuel 3, 2-3), no olvidemos que “la lámpara de Dios no está aún apagada”. ¿Recuerdan a Etty Hillesum, la joven judía muerta en los campos de concentración? Ella tiene palabras maravillosas que deben ser meditadas y utilizadas cuando las sombras, las oscuridades de nuestro mundo bloqueen toda mirada positiva, todo horizonte de esperanza y de vida. Africana y congoleña, resiento todas las humillaciones, todas las violencias y todas las violaciones a las mujeres de mi pueblo, a estos numerosos cuerpos degradados, destruidos por la violencia y la maldad de los hombres. ¿En dónde encontrar la esperanza y la fuerza para continuar esperando y a viviendo? Las palabras de Etty Hillesum me resultan cercanas, fraternales, como fuente de valor y de fe:

“Voy a ayudarte, mi Dios, a no apagarte en mí; es mi turno de ayudarte y de defender, hasta el fin, la morada que te resguarda en nosotros. Mira cómo me ocupo de ti. En este domingo tempestuoso y grisáceo te

ofrezco no sólo mis lágrimas y mis tristes presentimientos sino también un jazmín perfumado. Y te ofrecería todas las flores que encuentre en mi camino, y ellas son legión, créeme. Quiero hacer que tu estancia sea lo más agradable posible" (Etty Hillesum, *Une vie bouleversante*, Pascal Dreyer, Editions Desclée de Brouwer).

Por más que la noche sea larga, el día llega, dice la sabiduría de nuestros ancestros africanos. La fe y la esperanza cristianas, en este doloroso juego entre la sombra y la luz, nos hacen portadoras de una luz que es también la antorcha que el mundo necesita para ver y calentarse. A veces es una luz y un fuego que permanecen imperceptibles a los ojos del mundo pero de los cuales este mundo acucia su presencia y su fuerza. Para terminar este primer punto, evoquemos una imagen tomada del libro de Joan Chittister, *Le feu sous les cendres* (El fuego bajo las cenizas); esta imagen, según la autora, indica el "proceso que consiste en sepultar las brasas, vigilar el fuego y favorecer nuevos modos de iluminación generadores de futuro" (Joan Chittister, *Le feu sous les cendres*, p. 274). En este mundo oscurecido por tantos dramas, guerras, violencias y desprecio de la persona humana, la vida religiosa debe inventar caminos nuevos, capacidades nuevas para no sólo mantener el fuego de Dios que porta, sino también encontrar nuevas oportunidades para abrasar este mundo de una manera profunda e inédita.

2. MÍSTICOS Y PROFETAS DE NUESTRO TIEMPO

"Despertó Jacob de su sueño y dijo: 'Así pues, está Yahvéh en este lugar y yo no lo sabía (...) ¡Qué terrible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!' (Gen. 28, 16-17). Lo que se dice de Dios vale para sus profetas y mensajeros. En nuestro mundo de hoy, que está marcado por todo tipo de tinieblas, Dios está presente y bien representado por sus servidores. Numerosas personas consagradas, hombres y mujeres, han dado testimonio, y continúan dándolo, de la fuerza y del amor evangélicos. Como estas numerosas religiosas africanas a quienes hicimos alusión al principio de nuestra charla, asesinadas en África; del norte al sur, nuestro mundo se ilumina con la presencia y la vida de numerosas personas que hablan de Dios, más fuerte que el ruido de los cañones y la arrogancia de los ricos. Lo que dice el autor de la *Carta a los Hebreos* vale admirablemente para los místicos y los profetas, nuestros hermanos y hermanas de los tiempos modernos: "Unos fueron torturados, rehusando la liberación para conseguir una resurrección mejor; otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones; apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra" (Hebreos 11, 35-38).

Un proverbio africano (Ntomba) dice: "el zorrillo se fue pero queda el olor de su almizcle" (vuestra reputación permanece aunque hayáis partido). Cómo no evocar aquí la memoria de algunos que continúan alentándonos e indicándonos caminos de esperanza y de fe. Como profeta y místico, asesinado mientras celebraba la Misa, Monseñor Oscar Romero entregó su vida por la defensa de los pobres y oprimidos. Sus tomas de posición en relación a la política le valieron la persecución y la incompreensión. Las palabras de Romero son palabras proféticas que deben resonar todavía en nuestros oídos cansados y desanimados: "Una Iglesia que no se une a los pobres y, a partir de ellos, no denuncia las injusticias cometidas contra ellos, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo". A la vez que denunciaba las exacciones cometidas por la junta militar en el poder, masacres, asesinatos y otros atentados a los derechos humanos, jugaba igualmente un rol de reconciliación predicando la reforma pacífica y combatiendo el espíritu de odio y de venganza.

En su combate por la paz, la justicia y la defensa de los derechos humanos, ¿fue siempre comprendido por la Iglesia? ¿No decía que nuestra fe cristiana exige que nos impliquemos en este mundo? Palabras peligrosas para los que hacen de la vida cristiana un abandono del mundo. Pero ¿cómo la levadura puede levantar la masa si se encuentra separada? Su mensaje permanecerá para nosotros como una invitación incesante: la centralidad del pobre en nuestra fe y en nuestra espiritualidad, el Evangelio como Buena noticia para los pobres, la defensa de la vida y del pobre.

La Madre Teresa de Calcuta era de baja estatura, cuerpo frágil, con una fe sólida como roca; esta mujer de nuestro tiempo y de nuestro mundo da testimonio, todavía hoy, de la "fuerza de amar", de lo que la fe cristiana puede producir, incluso en un medio que profesa otra fe. Su combate profético, alimentado por una vida de oración incesante y cotidiana, tenía una fuerza y una tenacidad extraordinarias. Ella misma daba una definición sublime del profeta cuando se presentaba: "Por mi sangre, soy albanesa. Por nacionalidad, india. Por mi fe, una religiosa católica. Por lo que se refiere a mi llamado, pertenezco al mundo. Por lo que está en mi corazón, pertenezco plenamente al Corazón de Jesús". Pertenecer al mundo por vocación y ofrecer totalmente nuestro corazón al Corazón de Jesús, es la invitación profética que lanzamos hoy, como lo hacía la que ahora es bienaventurada. Por ello la pasión por la dignidad de los pobres se prosigue y moviliza nuestras energías y nuestros proyectos a fin de que el hombre, todo hombre, cualquiera que sea su raíz, su cultura, su origen y su

pueblo, sea siempre honrado como imagen de Dios ([www.vatican.va/.../ ns_lit_doc_ 20031019_madre-teresa_fr.html](http://www.vatican.va/.../ns_lit_doc_20031019_madre-teresa_fr.html) - 18.01.2009.).

Dorothy Stang, una de mis hermanas, americana y misionera en Brasil, defendió toda su vida la selva Amazónica y a sus habitantes, confrontados a los grandes terratenientes y a la injusticia. El día de su muerte, el 12 de febrero de 2005, frente a sus dos asesinos, "tomó el tiempo de sacar su Biblia para decirles: 'ésta es mi arma' (*"eis a minha arma!"*), antes de ser asesinada con seis balas, una en el vientre, una en la espalda, cuatro en la cabeza" (<http://mercy.e-monsite.com/blog,soeur-dorothy-stang-missionnaire-martyre,193867.html>- 18.01.2009).

Llamadas a llevar una vida mística y profética, nosotras, religiosas de hoy, somos interpeladas por la vida cristiana, no solamente por "hombres y mujeres de Iglesia", sino también por los laicos que han sabido y saben ser verdaderamente sal de la tierra. Una figura femenina merece ser mencionada aquí. Se trata de Madeleine Delbrêl, mística cristiana francesa, asistente social, ensayista y poetisa. De la profesión de un ateísmo radical a la consideración de la posibilidad de Dios, Madeleine es conducida por los caminos desconcertantes de un Dios que se deja encontrar a través de la oración y la reflexión. A partir de ahí, su trabajo como asistente social se convierte en una lucha contra toda forma de explotación, de opresión al hombre y en un compromiso fuerte, usando igualmente la inteligencia para hacer evolucionar las políticas sociales. Lo que escribe en 1937 continúa siendo, según yo, una constante interpelación para todas nosotras que trabajamos en el sector social: "Quizás es más conmovedor visitar en un día, cinco o diez familias numerosas, para ayudarlas a obtener tal o cual asistencia, y es menos emotivo seguramente, pero más útil, preparar el camino a un texto legal que mejore el estado familiar de todas las familias numerosas conocidas o desconocidas". Esta es una invitación a cada una de nosotras para descubrir, a través de sus escritos, los talentos poéticos y la profunda vida mística de esta laica comprometida, hija de nuestro tiempo. (Por ejemplo en: "La alegría de creer" o también "Nosotros, gente de las calles").

La lista de los hombres y de las mujeres profetas de nuestro tiempo es muy larga. Terminemos haciendo memoria de mi compatriota y venerado Monseñor Munzehirwa, arzobispo de Bukavu. Con su vida, profundamente nutrida por la oración y por su unión a la Virgen María, siempre sorprendió a las personas por su sencillez, su verdad y su amor universal. Su lucha por la verdad, la justicia y la paz fue su única arma, junto con la de la caridad y la oración. De hecho, dos días antes de su muerte, afirmaba: "Nosotros los cristianos sabemos que nuestra gran arma es la caridad hacia todo hombre, y la oración a Cristo pasando por Nuestra Señora".

Todas estas personas, hombres y mujeres profetas de nuestro tiempo deberían inspirarnos. ¿Cuál es el fuego que los llevó a irradiar como una llama preciosa en medio de sus hermanos y hermanas invadidos por toda clase de sombras? Estoy segura de que aquí, entre nosotras, en esta gran sala, hay mujeres místicas y profetas. No tengo la menor duda.

3. USTEDES SON LA SAL Y LA LUZ DEL MUNDO

Estas palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos (Mateo 5, 13-16) nos son destinadas hoy, puesto que estamos llamadas a vivir una vida, a la vez, mística y profética. Es la única condición para que nuestra consagración religiosa sea la luz que resplandece en las tinieblas y las haga retroceder. La sal sólo viene a ser fuente y dadora de gusto si acepta el misterio de la transformación y de la bajeza. La luz llega si la mecha de nuestra lámpara permanece profundamente sumergida en el aceite o petróleo, si acepta ser lentamente consumida.

Místicas: nosotras, religiosas de hoy, estamos llamadas a reencontrar la fuerza de la Palabra y de la oración; la gran sed de estar con Cristo, en el silencio de nuestro corazón y de nuestras casas. Experimentando personalmente a un Dios que se revela a quien lo busca en el secreto de su corazón, llegamos a ser, fundamentalmente, mujeres que buscan y encuentran a Dios en las realidades del mundo. Se trata de conservar nuestra mirada vuelta hacia Dios a pesar de las fragilidades y los límites de nuestra vida; de conformar esta vida al testimonio inigualable de las Sagradas Escrituras y, en fin, de perseverar en la observancia de estas dos actitudes, a través de todas las vicisitudes de la existencia humana. Tal es el sentido místico de nuestra vida religiosa. Y la sola condición para llegar a esta vida, es la conversión continua. En realidad ¿son siempre puras las intenciones de nuestra vida y de nuestro compromiso religioso? Nuestro servicio a los pobres, nuestra lucha contra la injusticia y la mentira ¿no tienen todavía mucho de nosotras mismas y poco de Dios? Por nuestra vida religiosa, debemos dejarnos impregnar de Dios hasta el punto de ser despojadas de toda vanidad y de toda riqueza externa; y así nos veremos más confrontadas a nuestra verdad íntima, obstinadas por el deseo de gustar, cada vez más, de la familiaridad con Dios; impulsadas a gritar al mundo entero lo que íntimamente hemos experimentado, las riquezas que hemos descubierto. La vida de una consagrada es siempre una vida de conversión que llega a hacer tuyas las palabras de san Pablo: "ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". Una vida así tiene la fuerza y la

suavidad de mostrar al mundo la verdadera relación con su Creador.

De esta manera, despojadas de nosotras mismas, podemos adquirir la libertad y la claridad de visión necesarias para ser profetas en este mundo. Y ¿qué es un profeta? No es un soñador, ni el que predice el futuro; el profeta es un hombre de su tiempo, atento a las "rupturas que ritman la trama del tiempo". Estas rupturas pueden ser acontecimientos ligados "al mal moral, a las injusticias que los hombres cometen unos contra otros, que desfiguran pasajeramente, o por largo tiempo, las comunidades humanas". Por lo tanto "el profeta, como lo recuerda con fuerza R. De Haes, es el que anuncia el hoy de Dios en el hoy del mundo, provocando las mentalidades, las instituciones humanas que tienen tendencia a cerrarse en ellas mismas y a apagar el Espíritu que quiere renovar la faz de la tierra por el Reino" (L. Santedi Kinkupu, "La misión profética de la Iglesia-familia de Dios en África". Perspectivas post-sinodales. Página 329).

Para ser místicas y proféticas en el mundo de hoy, estamos llamadas a estar presentes donde se alzan los gritos y los llamados de los hombres y de las mujeres heridas por la violencia, el hambre, la pobreza, las guerras y toda acción que degrada su dignidad. Tres funciones caracterizan la naturaleza profética: la denuncia, el anuncio y la renuncia. Una mirada sobre nuestros votos y sobre la manera de vivirlos puede ayudarnos a encontrar caminos nuevos de profetismo, hoy. ¿Cómo hemos concebido los votos o continuamos concibiéndolos? Ciertamente, afirmamos siempre que son fuente de libertad, bulevares de libertad, de madurez y de plenitud, pero concretamente, los consejos evangélicos ¿qué son para nosotras?

a. **La denuncia**

El Evangelio de San Juan subraya que Jesús ha venido al mundo para dar la vida y una vida en abundancia. Por la profesión de nuestros votos, queremos dar testimonio de esta vida en abundancia y ayudar a nuestros hermanos y hermanas a beneficiarse de una vida así. También debemos denunciar todo lo que va contra la vida de las mujeres, de los hombres y de los niños. Denunciamos todos los sistemas económicos, políticos, culturales que provocan la pobreza y el empobrecimiento de numerosos pueblos del mundo. Con el Papa Benedicto XVI, refiriéndose a África, debemos denunciar el materialismo y el fundamentalismo religioso, desechos tóxicos espirituales, que se exportan sobre el continente negro y los pobres del mundo (todas estas sectas que contaminan en estos lugares de miseria), la cultura desviada del sexo y la exhibición de la desnudez. La vida religiosa debe ser "una verdadera rebelión contra las estructuras políticas y socio-económicas mortíferas que desvirtúan la imagen de Dios en el hombre". Esta denuncia debe manifestarse a través de una práctica auténtica de nuestros votos. Pobres, nos comprometemos públicamente en nombre de los pobres, denunciando, al precio de nuestra vida, las riquezas y el enriquecimiento logrados a base de muertos y de explotación de los pueblos. Pobres, utilizamos todos nuestros recursos para sensibilizar a los ricos sobre los fenómenos de la pobreza y para ayudar a los pobres a salir de su miseria; castos, denunciamos la profanación del amor, la violación, la promiscuidad, el sexismo; todo lo que vacía el amor humano de sus sentidos y de su carácter sagrado; obedientes, denunciamos todo lo que puede infantilizar al hombre, todo lo que lo hace irresponsable, manteniéndolo en la ignorancia y en la indiferencia.

De igual modo debemos denunciar lo que en nuestras comunidades es deshumanizante y opresor. ¿Nos hemos liberado totalmente de las taras del racismo, del tribalismo, de los privilegios dados a algunos por otras razones que no son la fraternidad, la vida en común? ¿No debemos cuestionarnos sobre la manera en la que muchas Hermanas dejan la congregación cuando la vida comunitaria no tiene nada de fraterna, por no decir de humana? En toda verdad, debemos denunciar lo que minimiza la dignidad y el valor de la persona humana, cuando nuestras leyes llegan a ser "cargas" pesadas de deshumanización.

b. **El anuncio**

El profetismo de la vida religiosa, hoy, debe manifestarse en la proclamación de nuestros valores y de todo lo que constituye la grandeza y la dignidad de la persona humana. A través de nuestra libertad frente a los bienes de la tierra, rechazando la acumulación por la acumulación, poniendo nuestros recursos al servicio de los pobres, damos testimonio de que los bienes de esta tierra son el bien común de todos los hombres; por nuestra castidad, proclamamos la fraternidad universal y enseñamos de nuevo a la gente a amar verdaderamente; apasionadas por Dios aprendemos a conocerlo en el silencio de nuestras oraciones y de nuestros encuentros, y llegamos progresivamente a apasionarnos por la humanidad herida y abandonada; por esta humanidad que Cristo lleva en su corazón de una manera preferente. Así, nos relacionamos con los pobres que frecuentan los comedores populares, con los niños abandonados y sucios de nuestras ciudades modernas, con las viudas afligidas, con las mujeres violadas o maltratadas cuyos gritos son cubiertos por el egoísmo y los miedos de nuestras sociedades. Apasionadas por esta humanidad que por falta de amor ha llegado a ser incapaz de amar, queremos amar esta humanidad, con un amor que deja en libertad y libera al mismo tiempo toda su fuerza para amar. A veces estamos

llamadas a un amor heroico.

A través de la obediencia, anunciamos el valor de cada persona y su capacidad para contribuir a la humanización del mundo, cuando esta persona está a la escucha de la palabra de Dios.

C. La renuncia

Para ser proféticas, para ser creíbles, debemos, hoy, aprender a renunciar a nuestras propias seguridades, a nuestros compromisos con los poderosos y los ricos. Debemos aprender a evangelizarnos continuamente porque también existen en nosotras oscuridades, caminos de verdad bloqueados por nuestro egoísmo y por nuestros miedos. Debemos renunciar a todo lo que puede impedirnos ser auténticas portadoras de esperanza, de fe y de caridad. Mientras que en muchas partes del mundo algunas congregaciones disponen de lo estricto mínimo, y esto repercute en la formación y en la práctica de los votos de sus miembros, en otras partes, las religiosas son consideradas dentro de la clase privilegiada de este mundo; por consiguiente, vivir en la opulencia es un gran peligro; se puede participar en la opresión y en la explotación de los pueblos, por medio de empresas en las cuales somos accionarias. Para ser proféticas a través de nuestros votos, debemos renunciar a la posesión que, bajo todas sus formas, desvirtúa la imagen de Dios en el hombre.

Yo aprecio una imagen evangélica particular: la unción en Betania, donde María, Marta y su hermano se comprometen a honrar y a festejar a su amigo común. Los roles están bien repartidos, y una cosa parece evidente: sus economías han servido para comprar un perfume muy caro. La comunidad religiosa ¿no debería ser, cada vez más, una "Betania" en donde cada una renuncia a la búsqueda de sus intereses personales, pone en común todo lo que puede contribuir a festejar, cada día, a Aquél que nos une y nos hace crecer como individuos y como grupo? Un proverbio Bashi lo dice justamente: "un sólo árbol no da mucha sombra". Poniendo juntos todos nuestros esfuerzos y yendo más allá de todo lo que nos divide, ¿podremos hacer de nuestras comunidades lugares de fraternidad, de amistad en el Señor, de paz y de verdad?

d. El testimonio comunitario

El mundo necesita un testimonio creíble no solamente como individuos sino también como comunidad. La comunidad es la que debe ser profética. ¿Nuestra comunidad está comprometida para dar este testimonio? ¿El futuro de la vida religiosa refleja verdaderamente el testimonio de nuestras comunidades actuales? La comunidad debe despertarnos e inspirarnos. Ejemplos: los jesuitas asesinados por su despertar comunitario luchando por la justicia y la paz... Los Trapenses que murieron por estar comprometidos, juntos, en la defensa de los oprimidos...y muchos otros ejemplos... No digo que todos deben morir mártires.

La acogida, la solidaridad, nuestra vida comunitaria ¿están inspiradas en este fuego para llegar a ser, cada vez más, mujeres místicas y profetas según el Evangelio que proclamamos y vivimos? Como el Abbé Pierre lo decía: "es necesario que la voz de los hombres sin voz impida dormir a los poderosos". Seamos hoy esta voz.

4. ACCIONES CONCRETAS PARA QUE RESPLANDEZCA LA LUZ EN LAS TINIEBLAS

Enunciado de esta manera, este cuarto punto puede parecer pretencioso. ¿Sabríamos verdaderamente indicar acciones concretas que cada congregación y cada religiosa, en todo el mundo, deberán realizar para dar testimonio del valor religioso? De hecho no podemos más que proponer algunas pistas de reflexión que cada una debe seguir para llegar a acciones concretas, teniendo en cuenta la situación de su continente, de su país, de su misión. En efecto, es necesario, en nombre de nuestra vocación mística y profética, en nombre de la humanidad sufriente y pobre, comprometernos hoy y ahora; no es suficiente lamentarnos, lloriquear nuestros males, las violaciones masivas a nuestras hermanas, madres e hijas, la explotación de las riquezas de los pobres, la destrucción de la tierra y de la naturaleza. Nuestros mártires modernos, como Dorothy Stang, nos invitan a una mayor acción e implicación.

Primera acción : La exigencia de la formación sólida de las religiosas. "Si la vida religiosa tiene valor hoy, necesitamos pensadoras capaces de llevarnos a sobrepasar la etapa de las bellas palabras y de las buenas obras hacia los desesperados, a sobrepasar esta especie de caridad cómplice de la obscenidad, para realizar un modelo de justicia que la totalmente. Necesitamos investigadores éticos del universo, capaces de ayudarnos a llegar a las cimas de la humanidad y a salir de las profundidades oscuras de este tipo de progreso malsano adquirido siempre en detrimento de los pobres que pasan, frecuentemente, desapercibidos" (Joan Chittister, *Le feu sous les cendres*, 261).

Homenajeamos a todas las religiosas que en el mundo realizan investigaciones en teología, en sociología, en antropología, en economía, en política, en derecho y en todo otro campo; a través de sus trabajos recibimos luces

que pueden ayudarnos a no ser cómplices de las desgracias de los pobres. La formación se impone y debe ser valorada, hoy. Existe una necesidad intrínseca entre nuestro compromiso apostólico y la formación; en efecto, la atención a los pobres debe ir a la par con un estudio sobre las causas de su pobreza; para llegar a ser "destellos éticos" de una comunidad internacional, necesitamos inclinarnos sobre la cuestión de la deuda del Tercer y Cuarto Mundo, y de las condiciones en las cuales esta deuda ha sido contraída. Nuestra sensibilidad sobre la cuestión ecológica llama a un esfuerzo racional para informarnos sobre las causas reales de la destrucción de nuestros bosques, de la contaminación de nuestras aguas, etc.

La cuestión de la mujer, su explotación y la violencia que sufre en todo el mundo debe incitarnos a conocer la historia de las culturas y de los pueblos, y a trabajar intelectualmente, en profundidad, para desenmascarar todos los lugares de esclavitud de la mujer en nombre de la religión, de la cultura, etc. Sin una formación humana, moral e intelectual adecuada, muchos de nuestros compromisos pueden tomar la apariencia de una cautela que se aporta a los sistemas que destruyen la dignidad de la mujer. Para este mundo que cambia y que requiere capacidades de comprensión y de fidelidad creadora, ¿no habría que mejorar, aún más, la calidad del desarrollo intelectual en el seno de nuestras congregaciones? En realidad, este desarrollo intelectual da profundidad a nuestra vida espiritual, valor a nuestros compromisos apostólicos y subraya igualmente la dimensión profética de nuestra espiritualidad y carisma.

Segunda acción: implicación en las organizaciones eclesiales, nacionales e internacionales. Si es verdad que por vocación no podemos hacer política activa, nuestra vocación profética no nos pide abandonar ciertos lugares de influencia y de administración de este mundo. En el ámbito de la Iglesia, se impone una participación activa en las comisiones "justicia y paz", a nivel diocesano o nacional. Como acabamos de decirlo, una tal implicación supone una buena formación intelectual y humana, sin la cual la presencia de la religiosa sería sólo protocolaria y poco eficaz. En el plan político nacional, nuestro compromiso en favor de los débiles, y de las mujeres violadas y maltratadas, puede hacerse ante las asambleas nacionales, a través de las asociaciones y organismos que militan por los derechos humanos. Formando a laicos capaces de hacer política activa y buscando colaboradores al lado de instituciones colectivas, podemos indirecta, pero eficazmente, realizar ciertas acciones. En el plan internacional, junto con organismos de la Organización de las Naciones Unidas, podemos y debemos encontrar un medio para hacer escuchar nuestra voz y la de los pobres, la de todas las víctimas del mundo.

Tercera acción: trabajar en red en lo que se refiere a los grandes problemas de justicia y de paz. Podemos influir en nuestras instituciones estatales, tomando como base las informaciones que recibimos de diferentes partes del mundo a través de la comunicación entre las congregaciones. Por otra parte, un testimonio que también necesita nuestro mundo consiste en salir de nuestros muros –congregaciones actuando a veces como sectas- para realizar acciones comunes, con las competencias de muchas congregaciones.

CONCLUSIÓN

« **Boga mar adentro y echa las redes para pescar** » (Lc 5, 1-11). Al término de nuestra reflexión sobre el tema "llamadas a iluminar proféticamente el mundo de las tinieblas", queremos detenernos sobre esta invitación de Cristo. ¿Cómo comprometernos proféticamente en la transformación de nuestro mundo y de nuestras congregaciones? Jesús nos dice: "Avanza mar adentro y echa las redes para pescar". Avanzar mar adentro significa, apoyándonos en la palabra de Jesús, aceptar entrar en contacto con el mundo, asumiendo el riesgo propio de la vida religiosa; los votos religiosos indican, en efecto, nuestra manera de ser sacudidas y de sacudir el mundo, porque la luz no es de golpe aceptada por los que aman las tinieblas. Consiste, también, en comprometerse a estar en las fronteras, en los lugares en donde se busca construir un mundo más justo y más fraterno.

¿Qué semillas podríamos plantar juntas, hoy, que marcarían la diferencia en el presente y en el futuro, para nosotras, religiosas llamadas a llenar de luz profética las situaciones oscuras? Cristo nos invita a avanzar en profundidad y confiar en nosotras. "Ustedes son la luz del mundo, ustedes son la sal de la tierra" hoy, ahora. Confiemos en Él, confiemos unas en otras. Y como dice justamente la sabiduría de este proverbio africano (Toucouleur): "el ornamento de la mano son los dedos". ¡Que podamos, creaturas maravillosas y testigos de Dios, ser su gloria y su honor en este mundo!

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

CHITTISTER, J., *Le feu sous les cendres. Une spiritualité pour la vie religieuse contemporaine*, Bellarmin, 1998.

HILLESUM, E., *Une vie bouleversante*, Pascal Dreyer, Editions Desclée de Brouwer

KAYIBA, P., « Préface », en Neno Contran, *Ils nous ont guettées*, p. 5.

LINEAMENTA para la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (27 junio 2006), cap. 1.

NENO CONTRAN, *Ils nous ont guettées*, Ed. Afriquespoir& New People, Kinshasa, Nairobi, 2003.

SANTEDI KINKUPU L., « La mission prophétique de l'Église-famille de Dieu en Afrique. Perspectives post-synodales », in L.Santedi Kinkupu & A. Kabasele Mukenge, *Une théologie prophétique pour l'Afrique. Mélanges en l'honneur des professeurs Dosithée ATAL Sa Angang et René De Haes, Facultés Catholiques de Kinshasa*, 2004.

VAN HOUTTE, G., *Proverbes africains. Sagesse imagée, L'épiphanie*, Kinshasa, 1976.

• (www.vatican.va/.../ns_lit_doc_20031019_madre-teresa_fr.html - 18.01.2009.).

• <http://mercy.e-monsite.com/blog,soeur-dorothy-stang-missionnaire-martyre,193867.html-18.01.2009>

Preguntas para una reflexión

1. ¿Qué necesitamos hoy, como religiosas, para ser místicas y proféticas en nuestro mundo, en nuestras comunidades y en nuestras congregaciones? ¿Cómo podemos responder a las situaciones de oscuridad para ser proféticas en el mundo, en nuestras comunidades, en nuestros ministerios, hacia la creación, la sociedad, la Iglesia, y también entre nosotras?
2. ¿Cuáles son los gritos y los llamados provenientes de nuestro mundo hoy? ¿En qué tipo de acciones concretas estamos comprometidas para responder a estos gritos y a estos llamados?
3. Como líderes de nuestras congregaciones, ¿cuáles son los retos respecto a nuestras tradiciones cristianas, a la Sagrada Escritura y a nuestros votos religiosos, y que tenemos que revelar hoy? ¿En qué campos estamos llamadas, e invitadas a llamar a nuestras congregaciones, a una profunda conversión?
4. Teniendo en cuenta las situaciones particulares de nuestros continentes y de nuestros países, y en vistas a una mayor implicación, ¿qué tipo de formación especializada deben seguir algunos miembros de nuestras congregaciones?
5. ¿Qué piensan de la propuesta de trabajar en red? Concretamente, ¿cómo podemos comenzar estas redes?
6. Hermanos y hermanas de nuestro tiempo y de nuestro mundo, estas mujeres y hombres místicos y proféticos nos indican una diversidad de caminos para dar testimonio de Dios hoy. ¿Qué debemos hacer para dejarnos impregnar de sus vidas, de sus pensamientos y de sus testimonios? ¿Qué lección sacar de esta diversidad para nuestro compromiso apostólico, hoy?